

el fatigoso jarabe, se han abandonado á su pesada somnolencia, y tendidos en la plaza de Morelos duermen profundo sueño, hombres, mujeres y niños, sin que falten grupos de ebrios más desvelados, en torno de los *mariaches*. Cubierto está el suelo de cuerpos humanos, sobre frazadas, en el desnudo empedrado, en la hierba que á trechos se extiende, encogidos ó estirados como cadáveres que quedaran en abandono después de sangrienta riña de mil ebrios.

—:O:—

CUADRO SOMBRIO QUE ACLARA

CUADRO SOMBRÍO QUE ACLARA

UNA conmovedora escena me impresionó tristemente en mi primer paseo vespertino por la villa de Santiago Ixcuintla. Al atravesar una calle, oí gritos desgarradores, lamentaciones de intensísimo dolor, y las palabras «hijo mío de mi vida,» pronunciadas con ternura infinita, entre amarguísimo llanto. Acerqueme á una casa, de donde la mujer que daba tan lastimeras voces se disponía á salir, y supe que aquella madre angustiada lloraba á su hijo, ahogado en el río momentos antes. Había ido el muchacho á dar agua á un caballo; entró éste en el río, avanzó, no pudo aquél detenerle y fué arrastrado al hondable en que desapareciera.

Una hora después, al término de otra calle, se había reunido mucha gente en la playa, y acordándome del ahogado, me encaminé al río. Entre la multitud estaba la afligida mujer, llorando y la-

mentándose, presa de su dolor. Todos con la vista en dirección de la corriente; todos en silencio, apenas interrumpido con preguntas cortas y exclamaciones:

—¿Hasta donde irían?

—¿Lo hallarán?

—¿Cuánto tardan!

La madre permanecía largo rato cubierta la cara con el chal; la volvía á veces para ver en la misma dirección que los demás, y los suspiros la hacían estremecerse, los sollozos la ahogaban, la cegaban las lágrimas, y con voz balbuciente llamaba y volvía á llamar á su hijo: ¡Hijo de mi corazón! ¡Querido hijo mío!

¡Indescriptible la inquietud de aquella mujer! Dudosa aún de haber perdido á su hijo único; deseando que á tiempo de salvarlo llegasen los barberos que en una canoa habían ido á buscarlo; temerosa de que ni siquiera los despojos fuesen recogidos, sino arrastrados hasta el mar, ó pasto de voraces hidrosaurios; y pensando en que acaso no tendría el consuelo de abrazar el inanimado cuerpo de su hijo, de llorar sobre él, de unir á sus yertos labios los abrasados, candentes que le llamaban tantas veces y contemplar aquel semblante desencajado, en cuyas descoloridas facciones se dibujarían la impresión de la lucha formidable que sostuviera con aquel fiero elemento, y las corrugaciones de la asfíxia.....

A lo lejos apareció una barca tripulada por dos bogas.

El sol, descendiendo con lentitud, doraba los verdes campos que el río atraviesa, y brufía la corriente. El aire blando apenas si resbalaba sin el más leve rumor.

En breve las primeras sombras empañaron la límpida transparencia del cielo, y la melancolía de la tarde convidaba á sentir más la acerbidad de aquella pena, con el grupo silencioso de la ribera, que esperaba á la barca lejana.

Llegó ésta sin haber encontrado al niño, y la desolada madre, con la certeza de su desventura, prorrumpió en ayes desgarradores, y fué vuelta á su tugurio á llorar toda la noche la eterna soledad de su existencia.

Yo la seguí preocupado, percatando cómo aliviar su dolor. Iba la congojada madre envuelta la cabeza y caminado sin ver por dónde, guiada por las piadosas gentes que la rodeaban. Al llegar á la puerta de su casa, otras la esperaban, y le tendió los brazos una mujer, diciéndole con amabilidad:

—No llore V., no llore. Basta, basta. No ha pasado nada. Mire, su hijo no se ahogó, vive todavía!

—¿Pero cómo ha de vivir, si no lo han encontrado? Dios me lo quita sin concederme siquiera verlo muerto y tributarle mis últimas caricias.

—No, no; Dios no le conceda esto, porque le concede verlo vivo. Dé gracias á Dios! Su hijo vive. Reanímese!

Mientras procuraban consolarla con estas y otras semejantes expresiones, en las que la dolida madre no veía, sino una remota esperanza de

sus amigas y convecinas, penetré yo en la vivienda, comprendiendo que existía de veras el niño á quien suponíamos ahogado, pues en las personas que así lo aseguraban no advertí el menor pesar, ni el continente grave que la presencia del sufrimiento impone; y, en efecto, allí estaba el chico-rrotín de seis años de edad, sentado sobre una cama, desnudo, envuelto en una sábana, la cabeza empapada, los ojos inyectados por el agua, pálido, mustio, con frío y castañeteando. Contome que había entrado hasta medio río por no soltar el caballo; pero éste le arrebató el cabestro y salió solo á la otra margen, mientras á él lo arrastró largo trecho la corriente, ya sobrenadando, ya á lo somorgujo, y fué salvado por unos aguadores de la barriada de El Pueblo Nuevo, quienes lo condujeron á su casa momentos después que su madre había salido.

Cuando ésta, sollozante aún, penetra en su habitación, el niño se levanta, desarrebujándose; ella da un grito, corre hacia él, lo abraza, lo besa, lo cubre con el chal y llora silenciosamente.

—:O:—

UNA HORA EN LA PLAYA